

 Davide
Longo El caso
Bramard

DESTINO

Serie Los crímenes del Piamonte

El caso Bramard

Davide
Longo

Traducción de
Lara Cortés Fernández

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1597

Título original: *Il caso Bramard*

© 2021 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© por la traducción, Lara Cortés Fernández, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-233-6104-5

Depósito legal: B. 304-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

La puerta entreabierta de la cabaña. El cuerpo extendido en la luz diáfana de la tarde. El dibujo de los cortes en su espalda desnuda. Cabellos negros esparcidos alrededor.

Dar unos pasos titubeantes, tratando de no creer; caer después de rodillas y quedarse así, con las manos inútiles en los costados, sin dejar de mirar; tal vez igual que Héctor, que fue incapaz de bajar los ojos ante el afán con el que Aquiles se disponía a pararle el corazón.

2

La alarma del despertador sorprendió a Corso tumbado en el saco de dormir, con las manos en la nuca, ocupado en contemplar su propia respiración, que se condensaba en el aire frío y se elevaba hacia lo más alto para desaparecer en medio de la oscuridad.

Una hora antes, tal vez dos, el grito de un animal que bramaba desde muy lejos lo había sacado del sueño; ya despierto, había permanecido escuchándolo, inmóvil, imaginando algo a punto de morir o de dar a luz, hasta que el grito se apagó y solo quedó la respiración afanosa del viento.

Corso silenció la alarma con un gesto preciso de la mano, encendió la linterna y echó una ojeada al Cyma que llevaba en la muñeca. Marcaba la una y cincuenta y siete. El viento había cesado de soplar y desde el exterior de la tienda llegaba un silencio de sonidos infinitesimales.

Posó la mirada en el libro que la noche anterior había dejado abierto junto a la cantimplora, con las páginas hacia abajo y divididas de forma desi-

gual, como las alas de un pájaro destinado a volar en círculos.

En las últimas líneas la mujer le contaba a su marido, recién llegado de un largo viaje, que durante su ausencia su hija había sido en todo momento buena y dócil, pero que casi no había probado bocado y que cada vez que alguien le había propuesto algo había respondido: «¡Ni hablar!». El hombre la escuchaba, sentado en el sofá; después, se quitaba los zapatos y hacía un comentario que no servía para resolver el problema.

Corso se masajéó el cuello. Dos gotas de vapor condensado corrían por la lona de la tienda, como insectos de caparazón translúcido. Después extrajo los pantalones y los calcetines del saco, que había guardado consigo para mantenerlos calientes, se vistió, preparó la mochila y salió.

Afuera, la luz de la luna revestía del mismo tono gris cada objeto.

Encendió el hornillo, que había dejado al abrigo de una roca, y, mientras la llama crepitaba, bajó al lago, donde llenó de agua un cazo y se lavó la cara. En el espejo de las aguas, apenas algo mayor que el recinto de una feria de pueblo, se expandieron círculos del color de la luna. Pero cuando Corso se levantó para regresar a la tienda, la superficie volvió a quedar oscura e inmóvil.

Dejó caer en el cazo una bolsita de té y estudió las montañas a su alrededor: cumbres de algo más de tres mil metros, antiguas, elevándose sin ímpe-

tu, recorridas por vetas de níquel ennegrecidas por el agua.

Valoró la cumbre por la que había decidido ir hasta allí. La noche anterior, durante la puesta de sol, tuvo la impresión de descubrir en ella un punto de belleza, aunque de esa que requiere paciencia para ser comprendida. En aquel momento, sin embargo, no le parecía más que un triángulo de frías tinieblas.

—¿De verdad eres fea? —le preguntó.

La montaña se quedó mirándolo, silenciosa, con su silueta tan punzante como su nombre de cinco letras. Corso asintió; pronto lo comprobaría. Después se alejó unos pasos, se abrió el pantalón y orinó. Por encima de él la noche era límpida; las nubes, lejanas y estáticas. Unas pocas estrellas brillaban en la parte más oscura del cielo.

Sacó de la mochila la tienda, el saco y el hornillo y lo escondió todo bajo una roca a los pies de la pared; después echó un último vistazo a la falda de piedras que ya había recorrido y comenzó.

Los primeros metros los ascendió poco a poco, casi con indolencia, para permitirle a su cuerpo entender lo que le estaba pidiendo. La roca, fría pero sin hielo, daba a los dedos exactamente aquello que prometía; así pronto su mente se deslizó hacia la blanca estancia por la que había decidido ir hasta allí: una habitación silenciosa y sin puertas, con un único cuadro colgado, de gran tamaño, y con todo el tiempo del mundo para recorrerla hasta el final.

Se dio cuenta de que estaba cerca de la cima cuando distinguió la cruz de metal que una tormenta había arrancado unos años antes. Ahora colgaba del revés, sostenida por uno de los tirantes metálicos.

La rodeó por un corto camino en diagonal y, con una decena de presas, hizo cumbre.

Sacó el termo de la mochila, se sirvió té y contempló la falda de piedras a los pies de la montaña: los fragmentos de sílex, bajo el azul lunar, tenían el aspecto de lomos de animales de sangre fría que a lo largo de los siglos hubieran acudido a morir, los unos junto a los otros, en el cementerio elegido por el fundador de su estirpe. Más allá, el ópalo perfecto del lago, el sendero, el bosque y, finalmente, la carretera, en la que descansaba junto al puente su coche, diminuto y simple como un ladrillo. Vistos desde arriba, todos los objetos parecían quietos y anhelantes, como debió de ser antes de que brotase la vida.

Se pasó una mano por la frente, en la que el sudor era ya polvo duro.

Imaginó las últimas páginas de la novela: la mujer, en el centro de la sala; el hombre, que la escuchaba sentado en el sofá, con los pies apoyados en la mesa baja de cristal. Tras ellos, unas escaleras de colores claros; racionales y sin extravagancias, como todos los espacios de aquella casa.

Se imaginó subiendo esas escaleras y recorriendo el pasillo hasta llegar al dormitorio, en el que,

tras una puerta entreabierta, dormía una niña de cuatro años, con la pierna izquierda fuera de las mantas.

Fantaseó con entrar y sentarse a su lado; con apartarle un mechón de su larga melena clara y acariciarle el hueco tras la rodilla, donde su piel, finísima, dejaba entrever el celeste de sus venas. Con apoyar después la cabeza sobre la almohada y quedarse así, a apenas unos centímetros de su rostro, escuchando el ligero aliento entre sus labios, hasta sentir que un mal oscuro le latía en el pecho, como un segundo corazón.

Levantarse entonces, acercarse a la ventana y comprender, al distinguir los faros del coche parado a la puerta de la casa, que una vez que saliera de allí nunca más se le permitiría volver a ver a la niña ni saber nada de ella. Nunca más.

Corso se puso en pie de un salto, con la boca muy abierta, como si se estuviera ahogando. La oscuridad en torno a él le pareció inmensa y lo invadió el deseo de saltar; después la visión de aquella única nube que llegaba del mar, sola, lenta, inocente, lo serenó. Dejó de temblar y el nombre de la niña desapareció de sus labios.

Al este, lejos de la llanura, brillaban, nítidas, las luces de pueblos cuyos nombres habría podido recordar con un poco de buena voluntad, y más allá de aquellas geometrías, la masa luminosa de la gran ciudad.

Les echó un último vistazo; a continuación se llevó la mochila a la espalda e inició el descenso.

Se había levantado viento y por el este la noche empezaba a cambiar de color. Desde muy lejos, por la ladera francesa, subían los ladridos de un perro, como el principio de alguna cosa.